

Cuando hubimos terminado con el mudo, se hizo llamar á un ciego: entró con su fisonomía despejada y esa espresion de bienaventuranza que se lee en el rostro de casi todos los desgraciados privados de la vista; era como el otro un jóven de catorce á quince años: llevaba en la mano un abultado libro, que fué á dejar sobre una mesa con la misma soltura en el andar que si viera perfectamente; despues llegado allí se volvió como por instinto hácia su maestro.

—¿Qué tengo que hacer? le dijo sonriéndose.

—Mi querido hijo, le dijo el maestro, aquí hay dos extranjeros, uno francés y otro inglés, que han oído hablar de nuestro instituto y vienen á visitarlo; ¿quieres leer alguna cosa?

—Con mucho gusto, dijo el niño.

—¿Qué libro traes?

—No lo sé, el primero que he tomado en la biblioteca.

—Mira el título.

El ciego abrió el libro, pasó su dedo sobre los renglones escritos en la primera página y respondió:

—Son las confesiones de San Agustín.

—¿En latín?

—Sí.

—¡Bien! lee algo á estos señores: en cualquier parte donde quieras, poco importa.

Salteó el niño unas cuarenta páginas, y luego buscando con el dedo un párrafo, leyó por espacio de cinco á seis minutos, siguiendo siempre con el dedo los caracteres, esto tan veloz como pudiera haberlo hecho con sus ojos.

Yo no sé de qué mecanismo se valen en París para los ciegos, pues no he visto nunca ningun instituto de este género, pero los de Zurich aprenden por un método tan sencillo como fácil. El papel está picado con un alfiler por un lado, de suerte, que las letras resaltan en relieve en el otro; pasando el dedo sobre este relieve, lee el ciego por el tacto, y reemplaza un sentido por el otro.

Nosotros mismos escribimos tambien con un alfabeto preparado para esta clase de ejercicios, muchas frases en diferentes lenguas, que el ciego leyó inmediatamente sin vacilar, pero conservando en todos los idiomas el acento alemán.

Terminada esta prueba le trajeron un papel de solfa escrita del mismo modo, y cantó varios cánticos de iglesia, y algunas canciones nacionales. En fin, volvimos á hacer con respecto á una canción la misma esperiencia que habíamos hecho con una frase, y la descifró á la primera vez, solfeando con ayuda de sus dedos siempre tan exacto cual hubiera podido hacer un músico profesor con la música que se le presentase por primera vez. Había pasado el tiempo con mucha velocidad, en medio de aquellos estudios tan nuevos para nosotros, y solo nuestro estómago había contado

las horas; sonó la de comer, y nos despedimos de nuestros mudos y de nuestros ciegos.

Al volver á la posada nos encontramos la mesa lista; despues de la comida, preguntamos al huésped si no había algun café en la ciudad, y nos respondió que había algunos, pero que si queríamos haría venir del mas inmediato todo lo que quisiéramos, y al mismo tiempo los periódicos ingleses y franceses que en él se recibían. Aceptamos.

Diez minutos despues nostrajeron el *Nacional* y el *Times*. Cada cual echó mano al suyo, nos arrellanamos en nuestras butacas, el codo sobre la mesa en que humeaba nuestro moka, y con los pies estirados hácia la chimenea, comenzamos á devorar nuestro pasto político con el ansia de viajeros privados de noticias hácia dos ó tres meses.

De repente, en medio de nuestra lectura lanzó sir Williams un grito angustioso. Me volví hácia su lado; le vi muy pálido.

—¿Qué hay? le dije, ¿qué teneis?

—Leed, me contestó alargándome el diario inglés.

Fijé la vista en donde me señalaba, y leí.

«Ayer 3 de agosto ha firmado el rey el contrato de boda de miss Jenny Burdett con sir Arturo Lesly, miembro de la cámara.»

Quise tratar de dar algun consuelo á sir Williams, pero interrumpiéndome y dándome la mano:

—Necesito estar solo, me dijo; no me atrevería á llorar en presencia vuestra.

Estreché la mano de aquel escelente é infeliz jóven, y me retiré á mi habitacion.

PROSPERO LEHMANN.

Al día siguiente á las siete, entró el camarero en mi habitacion y me entregó una carta de sir Williams: se excusaba de marcharse sin despedirse de mí, que decía tanto me había compadecido de sus dolores antiguos, pero temía cansar mi paciencia con sus nuevos dolores, y se marchaba para soportar él solo todo su peso. Estaba acompañada esta carta de un pequeño sello de oro que me suplicaba conservase en recuerdo suyo. Hice algunas preguntas al criado, pero no sabía nada mas sino que sir Williams había pasado una parte de la noche en escribir, y había hecho enganchar sus caballos á las tres de la mañana, y abandonado á Zurich.

Empleé el día en visitar la catedral, que dicen fué fundada por Carlo-Magno, el gabinete de historia natural, y el sepulcro de Lavater,

muerto, como se sabe, al querer sacar á un amigo suyo de manos de los soldados franceses que le maltrataban. Massena, que ha dejado en Zurich una reputacion sin mancha, hizo cuanto pudo, pero inútilmente, para descubrir al matador.

A las seis me embarqué en el lago. Recordaba la promesa que había hecho á Próspero Lehmann en el tiro de Sarnen, y como me hallaba bastante cerca de Glaris, pensé que era llegado el momento de cumplirla.

Para mí no hay nada mas encantador que el viajar por los lagos de Suiza en una hermosa mañana de primavera ó de otoño, sobre todo, cuando un poco de brisa dispensa á los marineros de servir de los remos; se desliza entonces la barquilla como por magia; y sin mas esfuerzos que los de un cisne al desplegar sus alas. Frecuentemente parece que son las orillas las que huyen y el barco el que permanece inmóvil. Hallábame yo tendido en la popa del mio con los ojos fijos en las nubes de la tarde, que se arrollaban y desarrollaban en fantásticas formas, en el fondo de las que iban naciendo unas tras de otras todas las estrellas del cielo: iluminábase al mismo tiempo la tierra. Los millares de casas diseminadas en ambos lados del lago, rodeadas de cercados de viñedos, encendían sus fanales nocturnos, y como el lago reflejaba á la vez las luces de la tierra y las luces del cielo, parecia que la barca flotaba en el éter. Poco á poco se fueron confundiendo á mi vista todos los objetos de aquel gran espectáculo; mi pensamiento dejó de conservarlos en el lugar que los había fijado la naturaleza. Vi edificarse palacios en el cielo, nubes bajar á la tierra, estrellas desfilan en el fondo del lago, y me dormí esperando arribar durante mi sueño al puerto de algun mundo desconocido.

Despertéme helado: abrí los ojos: ya no había cielo, ni estrellas, ni casas; no quedaba de todo aquello mas que el lago muy agitado, las nubes desgajándose en lluvia, y una brisa del Norte que felizmente nos empujaba hácia Rapperschwyl, á donde llegamos en muy lamentable estado sobre las diez de la noche.

Felizmente, la posada del Pavo Real á que fuimos á parar, es una de las buenas posadas de Suiza; allí hallamos buena cama, buena lumbre y buena cena; era mas de lo que necesitábamos para reponernos. Pregunté á mi huésped si podría proporcionarme para el día siguiente un cabriolé y un caballo para ir á Glaris. Consultó aquel un instante con una especie de mozo de cuadra que ponía lumbre en sus zuecos para calentarse los pies, y el resultado de la consulta fué que tendría lo que deseaba.

Como lo que tenía que ver en Rapperschwyl, á saber, las torres y el puente, no podía verse mas que á la luz del sol; en atencion á la tempestad que continuaba, ni siquiera había luna, me despedí de la concurrencia que eran

labradores que hablaban de granos y de ganados, y me marché á acostar.

Al día siguiente, el tiempo no estaba aun seguro, sin embargo, se había echado el viento, el aguacero de la vispera se había convertido en una lluvia menudita que en rigor no impedía ver los objetos, de modo que me dirigí hácia el puente que hay sobre el lago, y que es la primera maravilla del pueblo.

Fué construido en 1358 por Leopoldo de Austria, que habiendo comprado el viejo Rapperschwyl y la March, quiso establecer una comunicacion entre la villa y la orilla izquierda del lago. Resultó de esta ducal voluntad, un puente de madera descansando sobre ciento ochenta pilares y cuya longitud es de mil setecientos cuatro pies, que con el reloj en la mano, tardé en andar veinte minutos.

En el camino de este puente es de donde se ve á Rapperschwyl bajo su aspecto mas pintoresco: sus torres góticas le dan un cierto aire formidable, que no deja de ser imponente, y que completa la poterna baja y abovedada que forma una de las puertas del canton de San Gall.

Al volver á la posada encontré dispuesto el desayuno y el cabriolé: devoré velozmente el uno y salté inmediatamente en el otro. Nuestro conductor se sentó en las varas y salimos á todo escape del caballo; que aunque al parecer no estaba muy acostumbrado á la profesion de caballo de tiro nos llevó sanos y salvos á Vesen, en donde nos paramos á pasar la tarde y la noche.

Salimos al día siguiente muy temprano, dejando el lago de Wallenstadt á la izquierda, y siguiendo el camino que hay á orillas del Linth. Al cabo de una media hora de marcha casi, me quedé dormido muy santamente leyendo la historia del Vallés del padre Schkinner, y no sé cuanto tiempo hacia que duraba mi sueño, cuando me desperté sobresaltado por un vaiven del carruaje, y por los alaridos de Francesco. Abrió los ojos, el conductor no estaba en las varas, nuestro cabriolé caminaba como el viento entre un precipicio de mil quinientos pies de profundidad y una montaña casi cortada á pico: nuestro caballo se había desbocado, fatigado de arrastrar el carruaje á que no estaba hecho: al menos esto comprendí por sus relinchos.

La situacion era bastante precaria, nuestro conductor al abandonar su puesto había soltado tambien las riendas, iban arrastrado por el suelo, enredándose en las piedras, ocasionando á cada enredo vaivenes no muy seguros en un camino de doce pies de ancho á lo mas. Volver á coger las riendas con la mano era imposible, pues á cada momento las patas del caballo hacían relucir las herraduras á diez ó doce pulgadas de nuestras caras; saltar del cabriolé era cosa impracticable, pues á la izquierda, arrastrados por el impulso, rodábamos inevitablemente al precipicio, y por la dere-

cha habríamos sido aplastados entre la rueda y la montaña. Francesco se encomendaba á todos los santos del paraíso en alemán é italiano, y había perdido la cabeza de tal modo que no oía una palabra de lo que yo le decía. Entonces resolví salvarme yo solo del apuro, pues no había ayuda alguna que esperar de él. Logré bajar la capota del cabriolé, y agarrando uno de los bastones de viage con su punta levanté la brida, que afortunadamente cogí. Era mucho, pues gracias á ella esperaba mantener al caballo en medio del camino hasta Nafels, que divisaba á un cuarto de legua; no tenía que temer mas que una cosa y era que se dislocase el carruage, no acostumbrado en su vejez á un ejercicio tan violento. Felizmente no fué así: nos acercamos á la villa con la celeridad de un torbellino, y yo esperaba encontrar un obstáculo en que se estrellase la rabiosa carrera de nuestro bucéfalo, pero entró en la calle sin desgracia alguna, y continuó su camino sin tener en cuenta el cambio de localidad.

Sin embargo, la cosa no podía durar así á menos de arriesgar el aplastar á los perros y muchachos que hallásemos en nuestro camino. Descubrí, pues, una casa que salía mas afuera en la calle que las otras, y decidí que acabase allí nuestro viage. En efecto, cuando me encontré al alcance proporcionado, tiré violentamente de las riendas con la mano derecha, el caballo siguió el impulso dado, y sin ver nada, fué á dar con la frente contra la pared como un ariete. El golpe fué tan violento que se levantó de manos, retrocediendo casi con la misma prontitud con que se había adelantado; pero en ese movimiento pasó por debajo de una muestra; aproveché la ocasión; solté riendas y palo, y gritando á Francesco que hiciera otro tanto, me agarré con las dos manos al hierro que sostenía la muestra, dejándome sacar del cabriolé, como una espada de su vaina, quedé colgado como Absalon, solo que como no era por los cabellos, no tuve mas que soltar el hierro para encontrarme inmediatamente en tierra, de la que gracias á la dimensión de mis piernas, no estaba distante mas que dos ó tres pies. En cuanto al cabriolé, al caballo y á Francesco habían continuado su camino triunfal en medio de los gritos de *Halt ab! halt ab!* cuyo único resultado era dar á su carrera nueva velocidad.

Me eché á correr inmediatamente tras de ellos gritándoles: ¡para! ¡para! y muy alarmado ademas, no por el carruage ni el caballo, sino por el pobre Francesco, que en el estado en que se hallaba, no podía siquiera ayudarse á sí mismo. Cinco minutos habría yo corrido, cuando al revolver una esquina encontré, máquina, animal y hombre tendidos mucllemente sobre un monton de leña que afortunadamente habían encontrado á la puerta de una tahona. El cabriolé era lo que se hallaba en peor estado, se le había roto una

vara, y hecho mil pedazos el estribo. Mientras examinábamos el destrozo, llegó el conductor reclamando el precio. Esta pretension suscitó una grave dificultad, visto que por mi parte dije que si alguno tenía que quejarse era yo sin disputa, que gracias á la torpeza y traición del cocheró había estado á punto de romperme la cabeza.

Habiéndose acalorado la disputa, tuvimos que recurrir á un juez. Oídas ambas partes el juez mandó que se examinara el caballo, que al instante fué reconocido por los peritos por un potro de dos años que nunca se le había puesto á tirar. Resultó de este exámen un fallo digno del rey Salomon: yo fui condenado á pagar quince francos de alquiler, mi cocheró fué condenado á un mes de cárcel, y el dueño de la posada del Pavo Real á componer su carricoche. Media hora bastó al bailio de Nafels para tomar conocimiento del hecho, oír á las partes y pronunciar su sentencia. Antes de separarme de aquel escelente juez, le pregunté su nombre y las señas de su casa, prometiéndole participar aquel hecho á todos mis amigos y conocidos, y apuntando despues todo religiosamente en mi album, recogimos nuestros sacos y bastones, y continuamos nuestro camino á pie. Estábamos afortunadamente nada mas que á dos leguas de Glaris.

Al entrar en la poblacion me acerqué al primer grupo que vi y pregunté si conocían al cazador Lehmann. Todo el mundo me contestó afirmativamente, pero como no vivía en el mismo Glaris, sino en una casita en el camino de Mitlodi, se ofreció á guiarnos á ella un aldeano que llevaba aquella direccion. No me paré, pues, en Glaris mas que el tiempo necesario para mirar las pinturas al fresco que adornan una casa que hay al frente de la posada, y que representan un combate entre un cruzado y un sarraceno, una muger echando un ramo de flores por una ventana, y un leon en pie en una jaula. Luego salimos del pueblo, y á los diez minutos de camino, me enseñó mi guia una linda casita, junto á la cual pastaban dos vacas, y á Lehmann que con su muger é hija se estaba calentando á los últimos rayos del sol del estío bajo un emparrado. En efecto, al momento reconocí á mi oso de los Alpes, y saltando una zanja de orilla del camino, me dirigí á su encuentro. Así que me vió se vino hácia mí.

—¡Sea enhorabuena! me dijo, eso es ser hombre de palabra, ya empezaba á desconfiar de vos.

—Muy mal hecho, respondí, pues con la promesa de una caza de gamuzas me hubierais hecho ir al interior del Tirol. Pero todo el día me atormenta la idea de que el tiempo no será favorable.

—Si tal, dijo Lehmann, ¿veis las montañas del fondo que están todas llenas de la nieve que ha caído esta mañana? señal de buen tiempo para cuatro ó cinco días.

—¿Y nos aprovecharemos de él?

—Desde mañana, si quereis.

—¡Bien! ahora tengo que comunicaros una noticia.

—¿Cual es?

—Que Francesco y yo traemos una hambre como lobos.

—¡Tanto mejor! así encontrareis mejor nuestra pobre cocina. Ea, ea, dijo en alemán á su muger é hija, pronto, una pierna de gamuza al asador y huevos á la sarten. No es una suntuosa comida, continuó volviéndose á mí, pero á lo menos no se muere uno de hambre. ¿Quereis venir ahora á ver vuestra habitacion?

—¿Cómo! ¡mi habitacion!

—Si señor, luego que supo mi muger que debiais venir, os preparó vuestra habitacion: teneis nuestra cama de boda, la colcha bordada, y los dos únicos cuadros que hay en la casa, y que representan un señor y una señora que creo conoceréis.

Llévome Lehmann á un precioso cuartito ante cuyas ventanas se extendía un magnifico balcón lleno de tientos, y esculpido al gusto del renacimiento. Desde esta azotea estendiase la vista en el Occidente, sobre la cordillera de Glarnich, seguía el valle, abarcaba la villa de Glaris entera, y subiendo por el Lint hasta su nacimiento, se detenía por la blanca cima del Dodi, que se eleva en el horizonte como un baluarte inespugnable y helado.

—Y ahora, me dijo Lehmann, voy á dejaros hacer vuestro tocador de viajero. En este armario teneis kirsch y azúcar, agua en estos jarros, y toallas en estos cajones; si necesitais algo mas, dad una patada en el suelo, y subiremos.

Permanecí un instante en el balcón y me entré luego, acordándome de los dos cuadros de que me había hablado mi huésped, y que representaban un señor y una señora, ambos conocidos míos. Ví pues en dos marcos de madera negra, y conocí, aunque no estaban los nombres debajo, los retratos iluminados de Talma y Mlle. Mars, aquel en traje de Sila, y esta en el de la *Escuela de los viejos*. Decididamente mi oso era un hombre de los mas civilizados.

¡Mlle. Mars y Talma en una cabaña de la Suiza, en un estraviado valle del Linth! ¡Los dos genios dramáticos mas grandes de nuestra época, reunidos en un cuarto preparado para mí! Era cosa de hacerme creer en el refinamiento de una hospitalidad admirable en un cazador de los Grisones. Pero fuera cual fuera la causa de su presencia; no dejo por esto de trastornar enteramente mis pensamientos; desapareció la gran decoracion de montañas, borróse la perspectiva del valle, el teatro cambió de decoracion, y yo me encontré, en espíritu, en la sala de la calle de Richelieu, sentado en una luneta de orquesta, y viendo la primera representacion de la *Escuela de los viejos*.

¡Qué triunfo aquel! me acuerdo perfecta-

mente; pues aunque la obra era muy buena, y fué espléndidamente ejecutada, jamás me habían parecido mejor Talma y Mlle. Mars. Se les llamó á la escena y tambien al autor: su hermano le arrastró por fuerza á un palco; allí se abrazaron mutuamente, el patio estalló en aplausos: era un espectáculo magnífico!

En aquella época conocia yo un poco á Casimiro, y me alegraba infinito por él: nunca he tenido envidia, y sobre todo en aquella época me era enteramente desconocida. Sin embargo, estaba triste y me mortificaba mucho una idea. Atormentábame hacia cuatro años la necesidad de trabajar para el teatro, había estudiado profundamente nuestros grandes maestros, profesábales admiracion profunda, pero sentía al mismo tiempo en mí una imposibilidad completa de hacer algo conforme á las reglas que me habían prescripto seguir, así es que faltaba rara vez á una representacion nueva, esperando hallar siempre en los modernos un punto de partida para un mundo nuevo, una brújula para la estrella oculta, aunque yo buscaba en el cielo un viento que me impeliere en medio de ese océano de pasiones humanas, que llaman drama.

Algo había, de lo que yo anhelaba encontrar, en la obra que acababa de representarse á mi vista. La fuerza, la verdad y la naturalidad con que Talma y Mlle. Mars, habían ejecutado algunos de sus papeles, me confirmaban en la realidad de que se podía crear una manera mas franca en su forma, mas libre en su marcha, mas verdadera en sus detalles; pero todas estas percepciones, no eran todavía mas que los pájaros por el aire y las algas en el Océano, que anunciaban á Cristóbal Colon, estar próximo á una tierra, mas sin decirle á donde se hallaba esta.

Seis meses despues, los actores ingleses, llegaron á Paris. Tres años antes los habían recibido en el teatro de la puerta de San Martin, con silbidos y patatas. Esto era lo que entonces se llamaba espíritu nacional. A la sazón representaban en el Odeon, y la sociedad mas escogida de Paris, tenía que hacer cola para ir á colmar de aplausos á Smithson y á Kemble. En aquella época, vergonzoso me es confesarlo, no conocia yo á Shakespeare si no por las imitaciones de Ducis. Había visto representar el Hamlet á Talma, y por trágico que fuese el actor en esta pálida copia, la obra en sí no me había causado mas que un median placer; mucho trabajo me costó, pues, el decidirme á ver otra vez la misma produccion ejecutada por Kemble, cuya reputacion no era igual ni con mucho á la de nuestro gran trágico.

Difícil me sería contar lo que pasó en mí desde la primera escena. Aquella verdad en el diálogo, del que no entendía entonces una palabra, pero cuya espresion me indicaba el simple acento de los interlocutores, aquella naturalidad en la accion, que se cuidaba poco

de ser trivial, con tal de guardar armonía con el pensamiento, aquel dejarse llevar de las actitudes que aumentaba la ilusión, haciendo creer que el actor, poseído de su papel, olvidaba la presencia de un público, y en medio de todo la poesía, esa diosa que domina siempre en la obra de Shakespeare, y que Smithson interpretaba tan maravillosamente, trastornaba del todo las ideas adquiridas, y me dejaba divisar, como al través de una niebla, la cima resplandeciente de las ideas innatas. En fin al llegar á la escena en que toda la corte reunida asiste á la representación fijada de la tragedia, cuyo asunto real proporcionó la muerte del rey de Dinamarca: cuando despues de haber visto en su fingida demencia al joven Hamlet, tenderse á los pies de su querida jugando con su abanico y mirando á su madre al través de las varillas, observé que conforme se desarrollaba la intriga infernal, daba progresivamente á su rostro la expresión marcada y profunda de una inteligencia superior: cuando le vi arrastrarse de derecha á izquierda de la escena, acercarse á la reina con la boca abierta y ojos centelleantes, en el momento en que reparando que aquella ya no puede soportar el espectáculo de su propio crimen, y se turba y aparta su vista, y va á desmayarse, se endereza de repente gritando. «Light! light!» poco faltó para que yo me levantara y gritara lo mismo que él: «Luz! luz!....»

Cinco años habian pasado desde aquella época. Talma habia muerto. Kemble viajaba por América, Smithson despues de haber dado el impulso y el ejemplo á todas las actrices que luego se han adquirido un nombre en el drama moderno, se habia confundido y perdido en la vida privada como una estrella que se apaga en el cielo. Yo mismo despues de haber intentado realizar mis hermosos sueños, y de encontrar cual otro Vasco de Gama, un mundo perdido, disgustado ya al principio de mi carrera, así como otros lo han estado al fin de su vida, venia á buscar entre las montañas, fuerza para continuar esta lucha, en que cual Sisifo, es preciso rechazar incesantemente el peñasco de la medianía que cae sobre uno. Mlle. Mars, siempre bella, siempre joven, siempre comprendida y amada del público, quedaba únicamente en pie sobre su pedestal, hallaba en su talento fuerzas para resistir á todo, aun á la fortuna, y para colmo de satisfacción podia viajando por Suiza, encontrar su retrato en el interior de una cabaña.

Estaba en esto de mis reflexiones filosóficas cuando entró Lehmann; dirigime hácia él precipitadamente.

—¿Cómo pues habeis adquirido esos dos retratos?

—Se los compré á un buhonero, me respondió.

—¿Por qué habeis preferido estos?

—Porque eran los retratos del emperador Napoleon y de la emperatriz Josefina.

—El buhonero os ha engañado completamente, esos retratos son de Talma y de Mlle. Mars.

—¿De veras, eh?... ¡ah! pues cuando pase otra vez ya tendré yo muy buen cuidado de devolvérselos.

—Guardaos bien de hacerlo, le dije, al contrario, conservadlos mucho; verdad es que esos retratos no son los del emperador ni de la emperatriz; pero sí los de un gran rey y una gran reina que cual Napoleon y Josefina no han dejado herederos.

Al acabar de comer me preguntó Lehmann si queria acompañarle á la montaña en donde iba á preparar la caza para el día siguiente; y aunque yo no comprendiese muy bien la posibilidad de preparar la caza de gamos, le respondí que estaba pronto á seguirle: entonces él llenó de sal su bolsillo y partimos.

La montaña en que debiamos cazar se llamaba Glarnich: es una nevera de dos cimas en que se atrinchéran las gamuzas como en una fortaleza inexpugnable. Tomamos el camino real hasta Mitlodi, allí doblamos á la derecha, seguimos la orilla de un riachuelo que no tiene nombre, despues le atravesamos saltando de peña en peña, y nos internamos en un bosque de pinos que se estiende en la base del Glarnich, y al cabo de una hora de marcha, llegamos á la opuesta ladera. Fuimos andando aun como una hora, sin seguir camino alguno trillado, llegando por fin á una especie de arista estrecha y escabrosa por la que Lehmann echó á andar sin mirar si yo le seguía.

Dejéle andar, hasta que viendo que continuaba su camino por aquella especie de puente de Mahoma le llamé.

—Y bien, me dijo volviéndose, ¿y por qué no me seguís?

—¡Tóma! porque me rompería la cabeza.

—¿Lo creéis?

—Estoy mas que seguro.

—¿Qué demonio!

—¡Vaya! ¿no hay otro camino?

—Sí, pero he tomado el mas corto.

—Mal hecho, hubiera preferido andar una legua mas.

—Ahora no vale la pena, ya hemos llegado, mirad, dijo señalándome con el dedo una esplanada verde situada á la otra parte del puente que atravesaba, voy allí

—Idos, lo que es hoy me quedo aquí, mañana veremos si soy mas valiente.

—¡Mañana! mañana tomaremos otro camino.

—¿Mejor que este?

—Camino real.

Ea pues, con Dios, con Dios, que yo me quedo descansando.

Tendime, fija la vista en Lehmann, que continuó su camino, atravesó sin novedad el

peligroso paso en que se habia metido, y luego que estuvo en la llanura sacó la sal de su bolsillo y se puso á sembrarla cual un Labrador el trigo. Le miré mientras pude verle sin comprender nada de aquella maniobra, y esperando preguntarle el significado á su regreso; pero á poco tomó una cuesta que le ocultó á mi vista. Esperé diez minutos mas mirando al lado por donde habia desaparecido; pero de repente volvió á aparecer á una gran distancia, con una rama de árbol en la mano, y siguiendo para volver al puente, la cima del precipicio. Llegado al sitio de la arista, ató á la rama un pañuelo de algodón encarnado, la plantó en la grieta de una piedra, y se dirigió hácia mí.

—Ea, me dijo, ya he concluido.

—¿Y qué resultado dará esto?

—Que mañana el rocío derretirá la sal sembrada esta tarde, y como las gamuzas son muy aficionadas á yerba salada, se reunirán cinco ó seis ó acaso diez en el sitio donde las atraiga su golosina. Este sitio está á tiro de bala de una roca hasta donde puedo llegar sin ser visto. Al tiro se huirán por este lado, pero mi pañuelo les impedirá la fuga, y se verán obligadas á pasar todas unas tras de otras por junto al parage en que os emboscaré, de suerte que tendremos muy poca habilidad si cada uno no carga con una res.

Esta seguridad me infundió nuevos bríos para el día siguiente. Tomamos la vuelta de la casa, á donde llegamos muy entrada la noche. Como Lehmann amenazaba despertarme á las dos de la madrugada, me retiré á mi habitación, y hecha mi oración dramática á Talma y á Mlle. Mars, me dormí con el sueño del justo, y soñé que mataba seis gamuzas.

UNA CACERIA DE GAMUZAS.

Próspero Lehmann cumplió su palabra, entrando á las tres en mi cuarto, equipado ya para la cacería; yo salté de la cama, y en un momento estuve tambien listo. Titubeé un instante entre llevarme la carabina, que no fallaba, alcanzando muy lejos, y la escopeta, que me ofrecia la ventaja de un segundo tiro; al fin me decidí por la escopeta de dos tiros. Encontré en la mesa los restos de la cena de la noche anterior, pero era demasiado temprano para que yo tuviese ganas de hacerles los honores. Contentéme con llenar mi calabaza de kirsch, y meter un pedazo de pan en el morral. Lehmann, al verlo que yo hacia se echó á reír y me dijo:

—No os cargueis demasiado, que ya almorzaremos en la montaña, y metió en su morral un paquete que me pareció contenía gran surtido de provisiones confortables.

En seguida nos pusimos en marcha, pero tomando segun me habia dicho Lehmann, otro camino distinto del de la vispera, pues en lugar de seguir la carretera hasta Mitlodi, la atravesamos, yendo en línea recta por medio de la llanura; al cabo de media hora llegamos á un pueblecillo que mi compañero dijo llamarse Serrati. Luego que salimos de él, nos hallamos á orillas de un pequeño lago de aguas mansas, silenciosas y plateadas. La noche era turbada únicamente por un arroyuelo que descendiendo del Glarnich se arrojaba saltando sobre los guijarros en aquel magnífico espejo de las hadas. Le subimos contra la corriente hasta su nacimiento, y al llegar á él Lehmann se internó en la montaña haciéndome señas para que le siguiera, pues aunque muy apartados del sitio en que esperábamos encontrar la caza, hacia ya rato que no nos hablábamos por temor de que alguno de esos ecos extraños que hay en las montañas, y que transmiten la voz á una distancia á la que nos parece que no alcanzaria la detonacion de una escopeta, no fuese indiscretamente á despertar antes de tiempo á los que ibamos á saludar así que se levantaran. Por lo demas, Lehmann como cazador prudente y ejercitado, habia tomado el viento de manera que con algunas precauciones por nuestra parte no podian sentirnos.

Caminamos así cosa de una media hora por caminos bastante difíciles, pero sin embargo, practicables; pasando de cuando en cuando por junto á vastas sábanas de nieve que evitábamos por temor del ruido que hubieran hecho al crujir bajo nuestros pies. El aire se iba refrescando sensiblemente conforme nos aproximábamos á la region de los hielos. En fin, al pie de una roca encontramos una cabaña medio enterrada. Lehmann empujó la puerta, y entró el primero, yo le seguí.

—Ya hemos llegado, me dijo, y aquí podemos hablar, pues no hay eco que nos venda: dentro de un cuarto de hora empezará á amanecer y entonces nos iremos cada uno á nuestro puesto.

—Y no valdria mas, le contesté, ¿jirnos á colocar ahora que es de noche? tendríamos una ventaja mas, la de no ser vistos.

—Sí, pero podria suceder que una gamuza, al acudir á su cita, encontrase nuestras huellas; y entonces, no solo retrocederia, sino que daria la señal de alarma á sus compañeras, y habriamos andado inútilmente, lo que yendo tras de ellas no corremos riesgo de ser descubiertos por esta parte: y en cuanto al temor de ser vistos, no teneis mas que seguirme é imitar todos mis movimientos, y os aseguro que por astutas que sean aun las ganaremos nosotros. Mientras tanto si quereis cer-

raremos la puerta, y nos ocuparemos de ciertos detalles, cuya oportunidad apreciareis mejor dentro de dos horas.

A estas palabras Lehmann tomó el eslabon y encendió una luz, abrió una especie de armario en el que había una cacerola, una sartén, y algunos platos, sacó el paquete de su morral, y depositó cerca de estos utensilios, vino, pan, queso y manteca.

—¡Hola! ¡hola! dije yo manifestando mi aprobación hacia tales preparativos.

—¿Comprendeis? me dijo. Haremos ante una de las mas deliciosas perspectivas de los Alpes, algo mas delicioso que el banquete de un rey, esto es, un almuerzo de cazadores; he pensado que os gustará esto mas que regresar á Glaris.

—¿Y habeis pensado que hemos de freir con esta manteca, que comeremos con nuestro pan?

—¡Toma! el almuerzo está aqui dentro en el cañon de la escopeta.

—¡Diablo! ¡y el mio está vacío!

—Cargad, en cuanto á mi es cosa hecha.

Introduce por una parte un cartucho con diez póstas y por la otra dos balas.

—Ya estoy preparado, le dije.

Lehmann miró aquella escopeta que se cargaba con tanta ligereza y comodidad, me la cogió de la mano, y la volvió y revolvió meneando la cabeza.

—¿Quereis serviros de ella y dejarme vuestra carabina? le dije.

Vaciló un instante.

—No, me contestó devolviéndomela: mi carabina es un arma vieja, pero que ya conozco; hace diez años que no nos separamos sino para dormir, cada uno en su sitio; yo estoy tan seguro de ella, como ella lo está de mí, y todas las invenciones nuevas del mundo no son capaces de indisponernos. Guardaos, pues, vuestra escopeta, que yo me guardo la mia, y despachémonos á tomar nuestras posiciones porque las gamuzas deben estar ya en las suyas.

Salimos en seguida; una ligera tinta matinal comenzaba á blanquear el cielo; á nuestros pies se extendía el lago que dormía á la sombra, teniendo en una de sus estremidades el pueblecillo de Serrati, y en el otro el de Richisau; detras de nosotros se elevaba la cresta de la montaña, de la que en toda su longitud pendían como una cabellera blanca las estremidades inferiores de una ribera. Al cabo de veinte pasos encontramos el camino cortado por un ancho ángulo de un cuarto de legua de largo casi; un tronco de árbol estaba echado entre ambas orillas; miré en derredor nuestro, y viendo que no había otro paso, me agarré del brazo de Lehmann, y me comprendió perfectamente.

—Estad tranquilo, me dijo en voz baja, ese camino es para mí; el vuestro es mas fácil, seguid la ribera del arroyo, á su extremo en-

contrareis un gran peñasco que domina á una pequeña esplanada de veinte pasos, que está como una isla, rodeada de precipicios por todas partes; así que yo haya tirado, se dirigirán las gamuzas por aquel lado, y cuantas haya otras tantas saltarán del peñasco á la esplanada y de allí á un prado que ésta domina.

Ahora ocupad pronto vuestro punto de espera sin meter el menor ruido, y aguardadme.

—¿Podria esperarme aqui un instante para ver cómo pasais á la otra orilla sin balancin?

—Perfectamente, no es nada difícil, mirad.

Lehmann se quitó los zapatos, se echó la carabina á la espalda, y asiéndose con los pies desnudos á las asperezas del tronco, echó á andar por aquel estrecho y vacilante camino con tanta seguridad, cual pudiera haber tenido en el puente de las Artes de Paris.

Aquello era tan horroroso que solo con mirar aquel hombre sentia yo que se me iba la cabeza; erizáronseme los cabellos, todos los nervios de mi cuerpo se contrajeron como si quisieran anudarse, y no pudiendo permanecer en pie presenciando semejante espectáculo, me vi en la precision de sentarme.

En algunos segundos llegó Lehmann á la otra orilla sin novedad, y viéndome sentado al volverse, se quedó asombrado; yo conocí que no comprendia la razon de mi actitud. Al momento me levanté, y me puse en camino para mi destino. A los diez minutos llegué al peñasco, reconocí la esplanada que dominaba al arroyo que corria á mis pies, y confieso que no pude comprender el doble salto que debian dar las gamuzas, el primero era de veinte pies de altura, poco mas ó menos, y el segundo de quince ó diez y ocho de ancho.

Despues que hube inspeccionado mi puesto, me situé en un sitio, y dirigiendo mi vista hacia el punto en que habia dejado á Lehmann, le divisé, que despues de haber dado una gran vuelta para tomar bien la direccion del aire, trepaba por la montaña mas bien á modo de serpiente ó jaguar que se arrastraba, que no como un hombre que ha recibido de Dios las piernas para andar y el hueso sublime para mirar al cielo.

De cuando en cuando se paraba repentinamente, quedábase inmóvil como el tronco de un árbol; entonces á fuerza de fijar la vista sobre el mismo objeto, se confundían todos ellos: yo no podia diferenciar ya al cazador de las rocas que le rodeaban, hasta que un nuevo movimiento me hizo distinguir la naturaleza animada de la naturaleza muerta. Luego volvió á andar con la misma maña y la misma precaución, aprovechándose de todos los accidentes del terreno que pudieran favorecer su marcha; ocultando esta á los ojos de la res descuidada á la que intentaba alcanzar; muchas veces le veia desaparecer detras de unas matas, le creia parado en el mismo sitio en que mis ojos le habian perdido de vista; quedábame mirando fijamente al parage en el

que creia que estaba; pero de repente á treinta ó cuarenta pasos, le volvía á ver andando de puntillas, en cuclillas ó boca abajo, según el terreno le permitia adoptar alguno de estos modos de locomocion: por fin, le vi detenerse detras de un peñasco, levantar la cabeza; acercar su escopeta al hombro, apuntar un rato, luego bajar otra vez la escopeta, atravesar un nuevo espacio de diez pies, ganar otra piedra, apoyar de nuevo en ella el cañon de la carabina, apuntar segunda vez, luego quedarse inmóvil como el peñasco que le servia de apoyo. Es necesario ser cazador para concebir lo que yo sentia en aquel momento: estaba sin aliento, mi corazón saltaba con tal fuerza que le oia palpar. Por último, un relámpago iluminó la montaña. Un segundo despues llegó su estrépito hasta mí, pasó sobre mi cabeza, y fué á resonar como un trueno con los ecos del Glarnich. En cuanto á Lehmann se habia quedado echado en el mismo sitio sin moverse despues del tiro. No adivinaba yo la causa de su inaccion, cuando de repente le vi apoyar la culata de su escopeta sobre el peñasco, preparar segunda vez, apuntar con la misma atencion, siguiendo á este nuevo relámpago otra nueva detonacion; esta vez se levantó al momento, dando un grito y haciéndome señas para avisarme. En efecto, al mismo tiempo pasó sobre mí una sombra, cayó sobre la esplanada una gamuza, y de un brinco, tan rápido, que apenas me dió tiempo de verla, se lanzó á la otra orilla del arroyuelo. Estaba yo aun aturdido de tal velocidad, cuando una segunda sombra repitió la misma maniobra. Maquinalmente me eché la escopeta á la cara, al mismo punto pasó otra tercera sombra, y así que tocaba en la esplanada la disparé un tiro que al parecer la arrebató entre la llama y el humo. Eché á correr al momento á la orilla del arroyo, y vi á mi gamuza, que herida sin duda no habia podido saltarlo, y se hallaba agarrada con los cascos de sus patas á las asperezas del muro inclinado que forma el peñasco. Aprovechéme de aquel instante, á pesar de lo rápido que era, y le disparé mi segundo tiro: al punto se soltó del ángulo á que se adhería rodando al fondo del precipicio. Arroqué mi escopeta, y bajé sin saber de qué manera, de árbol en árbol y de peña en peña, no acordándome de mareas ni mucho menos de mis vértigos; veia al animal luchando con las convulsiones de la agonía, con miedo que se me escapase, volviendo á subir ó encontrando alguna salida subterránea, ó por otro cualquiera medio. De manera que no me cuidé de nada mas que del modo de bajar hasta él sin acordarme cómo subiria luego, me dejé resbalar desde la altura de treinta pasos por el declive de la piedra, y me hallé inmediatamente junto á mi victima, sin mas novedad que la desaparicion de la parte posterior de mis calzones. Arroquéme furiosamente sobre ella, creyendo todavía que se me podria escapar;

no habia cuidado, el pobre animal estaba ya muerto. Até en seguida las cuatro patas juntas, me la eché al hombro, y orgulloso con mi presa me apresuré á reunirme con mi compañero. Desgraciadamente era muy difícil; me encontraba en el fondo de un verdadero embudo, y por ningun lado era el declive tan fácil que pudiera yo subir solo y sin ayuda. Un instante estuve dando vueltas al rededor de mi foso, ni mas ni menos, como los osos del Jardin de las Plantas. Despues, viendo no tenia medio alguno para mi ascension, me decidí á pasar por la vergüenza de llamar á Lehmann en mi ayuda. En el momento que yo abría la boca, oí que él me llamaba, y al momento le respondí. Un momento despues apareció en el borde de la esplanada con dos gamuzas al hombro.

—¿Qué diablos haceis ahí? me dijo. ¿Por qué os habeis metido ahí dentro?

—¡Pardiez! ya lo veis, le respondí enseñándole mi gamuza, he bajado para buscar mi almuerzo, solamente que ahora no puedo subir.

—¡Caramba! parece que hemos hecho cada cual nuestro negocio; ahora solo se trata de sacaros de ahí.

—Si, si, contesté, me parece que es lo mas urgente.

—Está bien, esperadme.

—¡Oh! podeis estar tranquilo, no me escapare.

Lehmann tomó el mismo camino casi que yo seguí, bajando por los peñascos con una agilidad asombrosa, de modo que el cabo de algunos segundos se halló al borde del declive por donde me habia yo dejado resvalar.

—Ahora, me dijo echándome la punta de una cuerda, ¿quereis desembarazaros de vuestra gamuza, que siempre os pesará unas sesenta libras?

—Con mucho gusto.

—Pues atad las patas con esa cuerda, ella va á enseñaros el camino.

—En efecto, concluida esta operacion, tuve el gusto de ver á mi caza tirada por Lehmann, llegar á las regiones superiores, no sin dejar algunos fragmentos de su piel y hasta de su carne en todas las escabrosidades de la peña: esto me dió motivo para serias reflexiones.

—¡Lehmann! dije.

—¿Qué? dijo el cazador poniendo la mano sobre mi gamuza.

—Decid, ¿pensais serviros del mismo método para mí de que os habeis servido para el animal?

—¿Qué disparate, para vos hay que servirse de otra maniobra.

—¿Larga de disponer?

—Bastarán solo cinco minutos.

—Entonces, bien; obrad, amigo, obrad.

Lehmann se alejó y yo me puse á pasear silbando por el fondo de mi embudo: al cabo del tiempo indicado levanté la vista y no

ví á nadie: entonces me senté sobre una peña, que sin duda habia rodado como yo á aquella especie de trampa, riéndome de la ridícula posición en que me encontraba. Al cabo de diez minutos me pareció que ya habia esperado bastante, y levantándome, llamé á Lehmann: nadie me respondió; llamé por segunda vez, y me sucedió lo mismo.

Entonces sentí algun cuidado, no conocía á aquel hombre á quien con tanta confianza habia hecho mi compañero de caza. Hallábame perdido en una montaña, que él solo frecuentaba en sus escursiones matutinas, enterado á veinte y cinco pies de profundidad en una especie de barranco del que era imposible escalar la cúspide; nadie sabia donde yo estaba, aquel hombre podia haber sido tentado por mis armas y por unos cincuenta lises que le habia dado á guardar. Aquel hombre podia bajar tranquilamente á su casa, y en lo sucesivo cazar por otra parte; no me mataba, pero me dejaba morir. Este temor era estúpido, lo conozco bien, pero las ideas se nos vienen acordes con la situación en que nos encontramos, y la mia no dejaba de ser ridícula, sino para convertirse en terrible.

Sin embargo, resolví no permanecer así en mi agujero sin hacer al menos algunos esfuerzos para salir de él: busqué un parage donde algunas asperezas y dificultades mas salientes de la roca me permitiesen apoyar mis pies y mis manos, y comencé á intentar escalar y subir; pero no tardé en convencerme de que era imposible: dos veces llegué á una altura de tres ó cuatro pies, pero al llegar allí volvía á bajar al fondo de mi barranco con gran detrimento de mis manos y de mis rodillas. No por eso comenzaba menos una tercera tentativa, cuando una voz me dijo:

—Si quereis subir así quitaos á lo menos vuestros zapatos.

Alcé la cabeza y vi á Lehmann, calculé lo ridículo que seria dejarle sospechar los temores que yo habia tenido, y le contesté resueltamente, que como habia tardado me estaba ensayando entretanto para ver como habria salido del paso sino hubiese podido contar con su socorro.

—No es culpa mia, repuso Lehmann, me ha sido preciso andar un cuarto de legua para hallar un pino á propósito para izaros, pero por fin le encontré; voy á bajaros la máquina, os montareis á caballo en una de las ramas, y yo os subiré tirando de la cuerda: no hay mas que hacer.

Efectivamente, como se ve, el medio no podia ser mas sencillo: dos palos atados en cruz formaban una base que impedia dar vueltas al tronco; me monté en él agarrándome con ambas manos como hace un torpe ginetete que se agarra al arzon de la silla, y á la voz de ¡vamos! comencé á subir hácia atrás con un movimiento sumamente suave y regular: al cabo de algunos segundos se concluyó

el movimiento, y me hallé sentado en tierra; me volví y descubrí á quince pasos á Lehmann que todavia agarraba la otra punta de la cuerda con cuyo auxilio me habia subido otra vez á las altas regiones.

—Este es, me dijo, un nuevo modo de viajar, que probablemente no conociais.

—Efectivamente, le respondí, os declaro que no tengo gran vocación por él, pues tal vez no hallaré siempre un guia intrépido y decidido como vos.

Lehmann clavó sus ojos en mí fijamente un instante, pero sin comprender lo que queria decirle, y despues no queriendo tomarse el trabajo de investigar por mas tiempo la intención de aquella frase que le parecia poco inteligible, me dijo:

—¿No os habeis quejado de mareos?

—Yo lo creo; como que me hacen el hombre mas infeliz del mundo.

—¿Quereis que os cure para siempre de ellos?

—¡Vos!

—Si, yo.

—Ciertamente que lo deseo.

—Dadme el vaso de cuero.

—Allí está.

Acercóse Lehmann á una de las gamuzas, que no estaba aun enteramente muerta, y abriéndola la arteria del cuello, la hizo una sangría en mi vaso hasta llenar las tres cuartas partes.

—Bebed eso, me dijo.

—¡Sangre! exclamé yo con repugnancia.

—Si, sangre de gamo. Bebed, es el remedio mas seguro que podeis hallar.

—No, gracias, yo mejor quiero quedarme con mis mareos; ademas ahora tengo mas hambre que sed, y si os lo pide el corazón podeis guardaros para vos esa bebida.

—Gracias, me respondió sencillamente Lehmann, no tengo necesidad de ella; y vertió la sangre, y me devolvió el vaso; despues cargándose á la espalda las dos gamuzas.

—Pues que teneis hambre, me dijo, coged vuestra res, y vamos á almorzar. A propósito, ¿y qué habeis hecho de vuestra escopeta?

—Verdad es, respondí, se ha quedado allí arriba en la esplanada.

—No, no os incomodeis, dijo Lehmann, y lanzándose de roca en roca llegó á la esplanada, y volvió un instante despues con el arma, que habia encontrado en medio del camino.

Nos encaminamos á la cabaña. Como me lo habia prometido Lehmann volví con gran apetito, de suerte que deseando ser de alguna utilidad para activar el trabajo, le pregunté si podia emplearme en alguna cosa: me enseñó entonces una hornilla compuesta de piedras que formaban reunidas un círculo, y me invitó á encender fuego. Al principio me humilló un poco el no tomar mas parte en la confección de la comida que se preparaba, pero pensé que lo mejor era obedecer sin replicar; nada hay

que envilezca tanto al hombre como un estómago vacío.

Mientras me ocupaba en estas humildes tareas, Lehmann abrió una de las gamuzas y le sacó la asadura, es decir, el bocado mas delicado y que en nuestras cacerias de corzos en los alrededores de París pertenece de derecho á los guardas que nos acompañan. Cinco minutos despues, ya estaba cociendo con el condimento de manteca, vino, pimienta y sal, en la lumbre que habia encendido y cuya utilidad empezaban á realzarme á mis ojos. Durante este tiempo Lehmann sacó de la cabaña el resto de las provisiones, y lo trajo á una pradera que domina al valle.

—Ahora, le dije, esplicadme cómo habeis hecho para matar dos gamuzas con una escopeta de un solo tiro, mientras que yo con una de dos, no he matado mas que una.

—¡Oh! la cosa es muy sencilla, me contestó Lehmann. Cuando por la mañana están las gamuzas pastando, colocan siempre una centinela á cincuenta ó sesenta pasos para que dé la alarma en caso de peligro. Debeis saber, que lo que menos asusta á estos animales son las armas de fuego, cuyo ruido confunden con el del trueno ó el de los aludes. Primero tiré al centinela, que cayó sin poder dar la alarma, y luego, volviendo á cargar la escopeta, disparé sobre el cuerpo del ejército, que habia levantado la cabeza al primer tiro, pero que no se habia inquietado. Al segundo, y al ver tendido á uno de sus camaradas, no sucedió lo mismo á las gamuzas, que huyeron, y viendo que se dirigian á nuestro lado, os hice señas para que os preparáseis á recibir las, lo que habeis hecho bien; ademas no hay que quejarse para un principiante.

—¿De veras? pero en vez de gastar cumplimientos, mirad si eso está ya cocido, os lo agradeceré mas.

—¿Con que teneis hambre? me dijo Lehmann.

—Me estoy muriendo de necesidad.

—Entre tanto comed un pedazo de pan y queso.

—Gracias, soy demasiado goloso para eso. Lehmann, viendo que la cosa urgía, se levantó y volvió con la cacerola.

Entonces comencé uno de esos memorables desayunos de que se acuerda uno todas las veces que tiene hambre, y que yo no he olvidado ni olvidaré jamás en los dias de mi vida.

Dos horas despues volvíamos á entrar en Glaris, cargados con las tres gamuzas al hombro. Lehmann me habia hecho tomar este camino con pretexto de ajustar un guia para el dia siguiente, pero en realidad para lisongear mi vanidad de cazador.

Verdaderamente no sé si le agradeci mas esta atención que el haberme sacado de mi agujero.

REICHENAU.

Pasé el resto del dia ocupado en desollar nuestras gamuzas con cuyas pieles contaba hacerme una alfombra para mi alcoba. Prometiome Lehmann enviármelas á Ginebra con la primera proporción, y yo le di las señas de la fonda de la Balanza, donde contaba recogerlas á mi regreso de Schaffausen y de Neuchâtel.

Al amanecer del dia siguiente me puse en camino, acompañado del guia que habiamos tomado la vispera en Glaris; Lehmann me acompañó hasta Schwanden, y allí entramos en casa de un amigo suyo á quien habia avisado de antemano y en donde hallamos ya listo el almuerzo. Esta sorpresa tuvo por resultado una parada en el camino de tres horas, de modo que por muy diligentes que en el resto de la jornada anduvimos, nos vimos obligados á hacer noche en Rutti en vez de llegar hasta An como habiamos contado hacerlo.

Al salir de la aldea del Linthal, el camino deja de ser de ruedas, y es un sendero, que serpenteando á través de risueñas praderas, tiene á la derecha la cascada de Fitschbach, se encarama por una cuesta muy pina en los costados del Schren, y despues de una subida de media hora, conduce al Pantenbrucke. Ningun recuerdo histórico va unido á este puente, cuyo único mérito es su pintoresca situación; echado de una montaña á otra y estendiéndose sobre un barranco profundo domina estrecho y sin parapeto, á la altura de doscientos pies el torrente de Lininth, que hierve y espumea en el fondo de su lecho sombrío y encajonado. El paisaje solitario y quebrado en medio de que se halla, aumenta todavia el efecto del terror que produce el abismo, y que se experimenta á pesar de uno en medio de aquella soledad y de aquel caos.

Atravesamos el Pantenbrucke, nos internamos en el Selbsanft y costeano siempre el riachuelo de Linnern que pasamos junto á su nacimiento, yo saltándolo, y Francesco y mi guia levantándose los pantalones, nos metimos entre las nieves que habian caído tres dias antes. Felizmente nuestro guia habia andado veinte veces aquel camino para pasar del Linthal á los Grisones, de modo que, aun que habian desaparecido enteramente todo camino trillado, nos dirigí con un increíble instinto de montañés por medio de las nieves de las rocas y precipicios, hasta la cima de la montaña, desde donde divisamos todo el valle del Rhin. Tres horas despues nos hallábamnos en Hanz, primera población que se encuentra sobre el Rhin; paramos en la fonda del Leon.